Gonzalo Morenas de Tejada

Un modernista olvidado (1890-1928)

por

Leopoldo de Luis

Asociación de Escritores y Artistas Españoles

Para José Luis,
con el mejor abrazo de

Leopoldo Alas.

R. 47113

BIBLIOTECA
José Luis Cano

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

3
D
969

LEOPOLDO DE LUIS

GONZALO MORENAS DE TEJADA

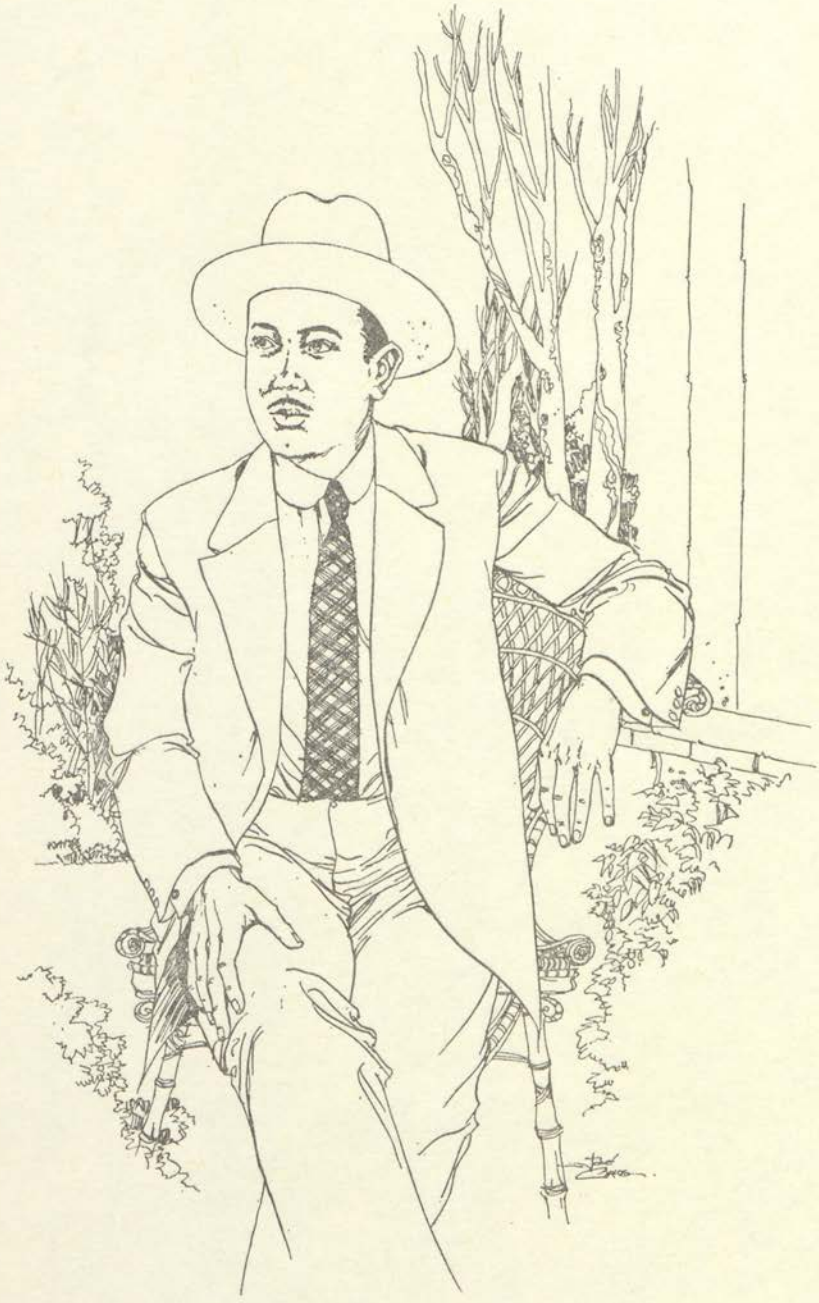
Un modernista olvidado (1890-1928)

ASOCIACION DE ESCRITORES
Y ARTISTAS ESPAÑOLES

MADRID, 1986

GONZALO MORENAS DE TEJADA
Primera edición: Julio 1986
Asociación de Escritores y Artistas Españoles
Leganitos, 10.—28013 Madrid

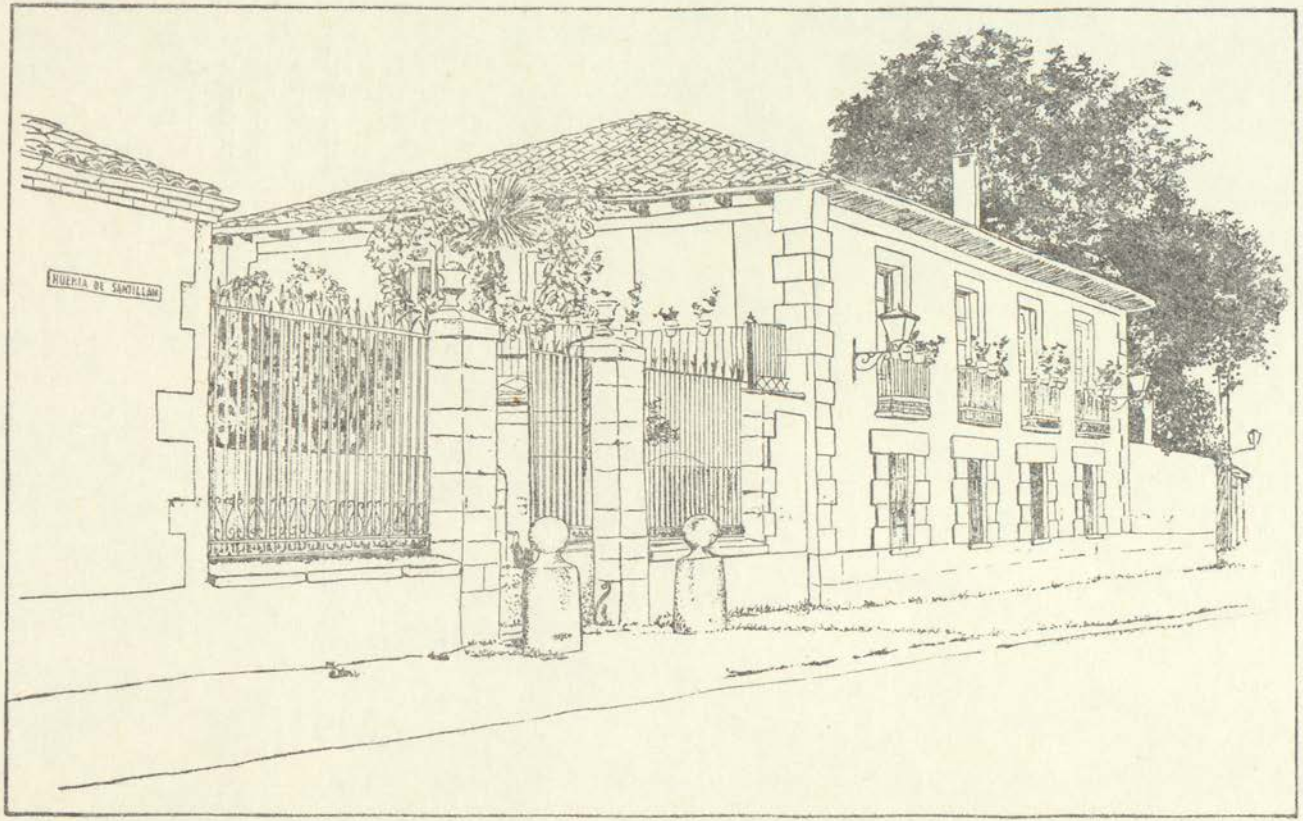
© Leopoldo de Luis
De esta edición: Asociación de Escritores y Artistas Españoles
Dibujos: José-Carlos, M. A. de la Calle y A. Palacios
Coordinador de la edición: Antonio Porpetta
Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N.: 84-398-7114-7
Depósito legal: M. 24.658 - 1986
Impreso en Tordesillas, O. G.
Sierra de Monchique, 25 - Madrid-28018



Retrato del poeta, por José-Carlos

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

Ponencia presentada a las Jornadas sobre el Modernismo, organizadas por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. Madrid, abril de 1986.



La casa del poeta, en Burgo de Osma, por Miguel Angel de la Calle

Líneas de situación

Hay períodos de la historia de la Literatura que se quedan escasamente esclarecidos, y uno de ellos es el tramo entre 1910 y 1920, cuando en España el Modernismo está casi acabado y los movimientos de vanguardia no se han revelado todavía. Se me dirá que ese tramo se ocupa por lo que algunos críticos han llamado *novecentismo*, y varios estudios lo comentan, pero, sin espacio aquí para merodear en torno a los rasgos que pueden dar carta de naturaleza al fenómeno novecentista, me parece notorio que, concretamente en el género poético, en los antólogos resulta práctica habitual pasar de los grandes del 98 a los maestros del 27, originándose un hiato que ya denunció en su día Guillermo de Torre. El poeta Gonzalo Morenas de Tejada se hundió en ese hiato.

Recordarlo hoy, se me antoja no sólo un acto de justicia, sino una lección de humildad. Porque desde 1909 en que, con menos de veinte años, publica sus primeras

páginas (un libro titulado *Películas,* bajo el seudónimo de «Nuño Solís»), hasta 1928 en que ocurre su prematura muerte, la actividad de este poeta en la vida cultural fue intensa. Publicó otros dos libros de poesía, centenares de artículos sobre poética y arqueología (otra de sus aficiones), así como crónicas y relatos —incluso novelas— en las revistas de su tiempo. Dictó numerosas conferencias y fue Primer Secretario de Cultura del Ateneo de Madrid. (El 11 de febrero de 1918 recibió el oficio de notificación del alta, firmado por Manuel Azaña, entonces secretario general). Pese a todo ello, los injustos tachones del olvido han borrado su nombre. Me doy cuenta de que eso nos espera a casi todos, descontado un pequeño grupo de elegidos. El poeta, aunque en su momento goce de alguna —siempre parva— vigencia, desaparece de la memoria de las gentes —incluso de las gentes del mundo literario— tan pronto como deja su puesto de combate.

Puesto de combate que, en el caso de Morenas de Tejada, no era de vanguardia, sino situado entre las fuerzas de ocupación del Modernismo, cuando éstas andaban ya perdiendo posiciones y hasta tocando retirada.

Si trazamos brevemente el cuadro de la poesía española en la segunda década del siglo XX —momento central de la obra de Morenas— vemos ya la iniciada evolución de los grandes del Modernismo, tras sus primeras obras encuadradas en el movimiento que presidió Rubén.

Juan Ramón Jiménez va por la línea simbolista hacia la abstracción *(Diario de un poeta recién casado* es de 1917; *Eternidades,* de 1918). Antonio Machado —«yo fui modernista del año tres», había dicho— prefirió cierta tendencia al realismo y a la temática de preocupación noventayochista *(Campos de Castilla,* de 1912, tiene su versión definitiva en 1917). Manuel Machado pasea su elegante personalidad parnasiana, con garbo entre andaluz y parisiense pasado por la calle de Echegaray, como creo recordar que alguien dijo *(Apolo* y *Museo* son de 1910).

El Modernismo había sido un fasto de música y be-

lleza, un lujo de suntuosa sensualidad, pero comenzaba a ser la percalina que cuelga lacia después del festejo, la cadeneta ajada a la mañana siguiente. En realidad, la fiesta se clausuró hacia 1910. Para mí, es don Antonio Machado quien le pone su epitafio definitivo en aquel poema a la muerte de Rubén Darío, en 1916:

Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

Por la otra esquina del cuadro, están a punto de irrumpir las primeras algaradas ultraistas, al filo de producirse sus primeros golpes de mano. Rafael Cansinos Assens cumple su misión de jefe de operaciones en el estado mayor que redacta el manifiesto del ultraísmo. El chileno Vicente Huidobro llega a Madrid con *El espejo de agua* y su *creacionismo.* Las revistas *Grecia* y *Ultra* son de 1918 y 1919.

Los historiadores de la Literatura proceden por grandes esquemas; los antólogos, se basan en síntesis interpretativas. Pero en la creación poética no hay solución de continuidad: de una u otra forma, se produce siempre. La poesía es alfaguara, manantial que no cesa, y siempre hay autores que se cruzan en la liquidación de un período y las vislumbres del nuevo. Por otra parte, la historia de la literatura no es una sucesión de hitos, entre otras razones, porque el hito requiere, para serlo, que haya un camino y el camino se forma con ese entramado de nombres diversos e intermedios que constituyen y enlazan las épocas.

Así pues, entre las cumbres descollantes del Modernismo y las de la generación del 27, hay un valle donde, si ya vivaquean al alba de los *ismos* las avanzadillas de Guillermo de Torre, Rivas Panedas, César Comet, Isaac del Vando..., todavía sestean al arregosto del sol del atardecer rubeniano las epigonías de Fernández Ardavín, Lasso de la Vega, Goy de Silva, Morenas de Tejada...

Pero la nave rubeniana era, como es sabido y como

acabo de repetir, un barco ya encallado del que urgía escapar. Algunos, como Ardavín, escapan hacia el teatro. Otros, como Lasso de la Vega, se pasan con armas y bagajes a la vanguardia. Morenas de Tejada no tiene tiempo, y sólo puede escapar hacia la muerte.

Ya tenemos situado al poeta que, espiritualmente, nos acompaña hoy. Él, un poco teósofo, quizá se sienta invocado por mis palabras, desde su teoría del Principio Inmortal, en cuyo nombre nos aconseja no creer en la muerte como fin miserable de la materia.

EL rubeniano

Gonzalo Morenas de Tejada nació en Madrid, el año 1890. Vinculado familiarmente a Soria y, en concreto, a Burgo de Osma, en este último lugar escribió buena parte de su obra y allí murió, el 15 de mayo de 1928. José Antonio Pérez Rioja y Juan Manuel Zapatero han comentado la actividad de Morenas de Tejada como continuador de la investigación arqueológica de su padre —don Ricardo— en torno a los restos celtibéricos y romanos de Uxama, Gormaz, Quintanas y Vildé, trabajos que dieron origen a sus estudios *Las ruinas de Uxama* (1914) y *Ciudades muertas y enterradas* (1916).

Que Morenas de Tejada era un adicto fervoroso de la lírica modernista no sólo se ve —e intento verlo en este trabajo— leyendo sus poemas, sino que él mismo lo declaró y lo dejó expuesto en sendos artículos de agosto y septiembre de 1917. Mete baza el entonces jovencísimo poeta en la polémica entre Emilio Carrère y el P. Julio Cejador. También aludió a ella don Antonio Machado en la posdata de una carta a éste último, cuando preparaba el examen de Latín, en su tardía Licenciatura. Morenas de Tejada enmienda ampliamente la plana a Carrère.

«Emilio Carrère, el gran poeta musical, el cantor inefable [...] *ha hablado de los poetas rubenianos un poco dogmáticamente, señalando con su gracia a todos los que él cree que son herederos del legado sublime y tembloroso de la lira de Rubén* [...]. *Pero, he aquí que se impone aquello de que ni son todos los que están ni están todos los que son* [...]. *Tenga el admirado vate la cortesía de leernos y acaso se convencerá* [...]».

Y Morenas de Tejada incluye los nombres que echa de menos en la nómina de Carrère:

«He aquí a Rafael Lasso de la Vega, el verdadero maestro entre la juventud rubeniana. ¿Cómo es posible negar la hermandad espiritual entre el cantor de la «Marcha triunfal» y el de las «Naves Ibéricas»? [...]. *He aquí a Goy de Silva, el asombroso poeta de las elegancias impecables* [...]. *¿Quién no ve el alma de Rubén en las bellísimas rimas de Pujol, en las de González Blanco* [...]? *¡Y nosotros! Nosotros también. Nuestro fervor lírico, nuestro oriente, nuestro anhelo romántico, nuestra sed bebe y no se sacia nunca en las puras y violentas aguas por las que fueron las naves celestiales de Darío».*

Tras esta filiación rubeniana —bastante hiperbólica, como se ve— que data de 1917, esto es: al año de morir el maestro, viene la réplica para los que no deben estar:

«En cambio, ¿Díez-Canedo es rubeniano? ¡No! En absoluto. En la selva lírica francesa floreció su rosal. Henri de Regnier, Francis Jammes... he ahí la más sólida humanidad estética de Díez-Canedo».

Habría que replicar a Morenas de Tejada que ambos poetas franceses tenían, en su calidad de simbolistas, notable peso en todo el Modernismo, pero tan cierta es la

afición a Jammes que descubre en Díez-Canedo, que a poco de ver la luz el artículo, Díez-Canedo —ya traductor en 1909 de *Manzana de anís*— editó su traducción del libro *Del toque del alba al toque de oración* (1920), poemas que, dicho sea de paso, ya habían hecho mella en Juan Ramón Jiménez, aunque Morenas atribuya al poeta de Moguer mayores contactos con Heine, Shelley o Verhaeren.

Aún clasifica Morenas de Tejada a otros compañeros suyos:

> «*¿Ardavín?* —se pregunta—. *Sí, es algo rubeniano, sobre todo en sus epístolas, en sus poemas en pareados, pero nada más*».

En cuanto a Juan José Llovet, lo encuentra entroncado en el romanticismo del XIX, en Zorrilla y en Espronceda.

Parece deducirse que Morenas distingue entre *modernistas* y *rubenianos*. De ahí que cuando termina su artículo aludiendo a los Machado y a Villaespesa, asegure que son «*grandes, inmensos poetas ellos mismos*», y los coloca a la altura del propio Rubén Darío, por lo que, según infiere, «*no pueden encontrarse nunca*».

El final del artículo es un rasgo de humor contra Carrère:

> «*En cuanto a Carrère, pone siempre tanta fe, tanta sinceridad en su palabra lírica que, puesto que ella lo dice, habremos de creer que es rubeniano*».

Si duro se muestra Morenas de Tejada con Carrère, no será por coincidir con su oponente. La acritud frente a Cejador es más densa. Habla de su «*insensibilidad estética*», le llama «*seco don Julio*» y estima que sus juicios son «*disparates críticos sobre Rubén, el maestro único*». Claro que Morenas de Tejada respira por la herida: cuenta que le mandó su primer libro y ni le contestó, y aun

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

le envía el segundo con esta dedicatoria: «*esperando merecer un palo, por lo menos*». Parece como si el joven poeta se anticipara a la frase puesta en circulación, medio siglo después, por Camilo José Cela: «*que hablen de uno, aunque sea bien*». Intentó provocar a Cejador:

> «*Si no le gustan gran cosa las obras de aquellos de quienes aspiramos a ser discípulos humildes —D'Annuncio, Wilde, France, Darío...—, menos habrán de placerle nuestras pobres creaciones*».

De suerte que, a pesar de las discrepancias con Carrère, Morenas de Tejada está contra los juicios de Cejador, al que llama con sorna «*eminente páter*». Confiesa que está indignado, y le advierte:

> «*Rubén Darío está tan alto, tan alto, tan por encima de vuestra vara crítica, que no debéis alzarla más que para admirarle en una salutación helena. De lo contrario, vuestra reverencia y vuestra vara harán el ridículo*».

Y tampoco esta vez puede resistir la tentación de autoincluirse entre los rubenianos, como hizo en el primer artículo:

> «*Rubén ha sembrado la simiente inmortal: hoy alientan discípulos suyos admirables y fervorosos. Como uno de estos últimos* [de los fervorosos, se entiende], *protesto de las palabras de usted*».

Morenas de Tejada se proponía provocar a Cejador, y lo consiguió. Pedía que le diera al menos «*un palo*», y se lo dió. Le llamó «*mosquito*» e «*insignificante*», arremetiendo contra alguno de sus poemas. El poeta pudo así responder «*en defensa propia*» (antes, lo hacía para defender a Rubén) y exclama: «*Cejador me* pega!» [*soy*] «*un mosquito que le clava...*». Y parte, yo creo que satis-

fecho, del lema «¿Ladran...? Señal de que cabalgamos». Se aprecia en ese tercer artículo que Morenas es, en la literatura, como luego veremos que en la política, un polemista.

Las fuentes amargas

¿Cómo son los poemas de este joven y entusiasta defensor de Rubén Darío? Con veinticuatro años escribe *Las fuentes amargas*. Con veintisiete, *La cumbre azul*. Ambos libros se completan con una colección de unas veinticinco piezas dispersas por revistas e inéditas. Su lectura nos traerá versos sensuales y coloristas, versos de varia musicalidad mediante combinaciones de alejandrinos, dodecasílabos, versos de dieciséis con hemistiquios de ocho más ocho, eneasílabos. Emplea el pareado, el verso agudo, los sonetos de catorce sílabas. Todo ello típico de la orquestación puesta en juego por el Modernismo. Hay imágenes de rebuscado bucolismo, imágenes suavemente eróticas, cuadros sentimentales y de nostalgia otoñal. Hay numerosos elementos cultos y presencia de figuras de las Letras a las que, por medio del poema, se rinde homenaje, revelándonos el clima intelectual en que el poeta se mueve. Recíprocamente, no deja de ser un buen indicador de su talante estético la colección de poemas a él dedicados, todos a guisa de etopeyas, con el lujo verbal y el acierto mayor o menor de trazo parnasiano de que fueron capaces Lasso de la Vega, Miguel de Castro, Juan González Olmedilla, Juan José Llovet, Goy de Silva o José Camino Nessi. Destaca especialmente el primero, el del Marqués de Vilanova, que va más allá de una pieza de circunstancias o glosa de mera amistad:

Naturaleza tiene dos mágicas fontanas
eternas y fecundas, idénticas y hermanas:

sus cantares resuenan en medio de un camino.
y sus gotas exactas van midiendo el destino.
Cada paso en la vida responde a una canción
y de su ritmo es eco lejano el corazón.

.....

Apolo y Baco ciñan con mirto y con laurel
la frente del que canta triunfante en su bajel.
Y en tanto que tu mástil al cielo azul navega
acuérdate, argonauta, de Lasso de la Vega.

A su vez, Morenas de Tejada dedica poemas a Bernardo G. de Candamo, García Sanchiz, Benavente, Dicenta, Mesa, Pérez de Ayala, Díez Canedo, Diego San José, Pedro de Répide, Cristóbal de Castro, Fernández Ardavín. Todos, menos el último, con más años que él; algunos, como Dicenta y Benavente, con muchísimos más. Hay también una correspondencia o intercambio de elogios. Esta costumbre de escribir poemas encomiásticos a los maestros o a los compañeros de generación, se extendió entre los modernistas, siguiendo el modo —o la moda— de los «Medallones» de Rubén Darío en *Azul*, y —ya en España— el ejemplo de los «Elogios» machadianos. Se perdió luego. Ha resucitado algunas veces, con la muestra excepcional de la dilatada serie de poemas-homenaje recibidos, aún en vida, por Vicente Aleixandre.

Las fuentes amargas es un libro que ofrece dos vertientes de la poesía de Morenas de Tejada. La primera (sin duda también primera en la escritura), se impregna de un lirismo decadente y sentimental, con un erotismo casi enfermizo y una melancolía difusa e inmotivada, típica del talante de la época. A veces, recuerda el desistimiento indolente de Manuel Machado:

Yo deseo una casa con ventanas abiertas
sobre un jardín dormido y silencioso y triste,
y vivir una vida llena de cosas muertas
con el aroma vago de lo que ya no existe.

A veces, es a Villaespesa a quien nos recuerda:

Y en la penumbra tenue de la noche cercana
tú no serás mi amante porque serás mi hermana
al cerrar las heridas que me hizo otra mujer.

Pero la presencia más visible seguramente es la de Juan Ramón Jiménez. El Juan Ramón de *Arias tristes:*

Tú estabas pálida y triste,
tus dulces ojos lloraban...
¡Tú estabas pálida y triste
porque yo no te miraba...!

O el Juan Ramón de las *Baladas:*

Y al traspasar la colina
e internarme en un cercado
la miré y me pareció
que sus ojos me miraron.

Morenas, en 1917, censuró a Carrère, pero tres años antes, en este libro, no lo desmiente del todo y, como un «caballero de la muerte» al revés, acude a las alusiones escatológicas de un amor enlazado con la postrimería:

Es el mirar a la mujer amada
teniendo entre las suyas nuestras manos
y no saber si es nido su mirada
de rosales en flor o de gusanos.

Esta presencia de la muerte no deja de ser una «puesta en escena» en busca de su contraste con la sensualidad:

donde sólo entre pobres blancas flores de muerto
broten nuestros divinos besos nupciales

aunque cuando, ahora, a esta altura del tiempo, leemos versos como:

... Doblan a muerto
implacables y sedientas las campanas de la vida,

no podemos evitar el recuerdo conmovido de que a este joven poeta le aguardaba la muerte para pocos años más adelante.

El juvenil entusiasmo por el Modernismo no le libra —al contrario, le hacen sujeto— de otros dos temas que responden típicamente al talante de la que él y algunos otros mantienen el fuego sagrado: la *maldítez* y el libre *pensamiento en lo religioso.*

En efecto, el poeta se considera de una estirpe entregada a la sensualidad y a la locura de un vivir evasivo de normas morales burguesas. Hay una *pose* frente al pecado —pecado carnal, se entiende— y una exaltación de la carne femenina, siguiendo a Baudelaire y, más próximamente, a Rubén («celeste carne de la mujer») e incluso al Manuel Machado de «El mal poema».

Había un lecho suave que nos era propicio
y el cielo estaba lleno de luminosos versos.
Bajo él divinizábamos los éxtasis del vicio.
¡Oh tus ojos perversos!

Como en el simbolismo de Juan Ramón Jiménez, queda en niebla la interpretación de una amada real o de una simbólica amada que es la melancolía. Pero esto también forma parte de la retórica modernista, e incluso cabe en ello el juego pagano y en el fondo inocente.

Yo te necesitaba: eran mi eucaristía
tus ojos de pecado.

El clima modernista, como es sabido, no tiene en lo literario sino su consecuencia estética. Desde el ámbito del pensamiento moderno, se mueve con aires de libre interpretación. A ese influjo es frecuente que una actitud poética menos rigurosa que las mantenidas por un Ma-

chado o un Juan Ramón, ostente rasgos poético-religiosos en que se manifiesta con cierta frivolidad más que el descreimiento, la fe perdida y casi añorada. Es una consecuencia, como digo, del modernismo ideológico.

Es el perder la fe que nos guiaba

dice el poeta, para añadir:

No me importa el misterio gris de la Religión
ni me afligen las garras rapaces del castigo.
Si hay algo en la otra vida sólo será perdón,
pero siempre la duda del amor va conmigo.

Toda la escenografía de escuela, tan prodigada, decora aún la obra lírica de este poeta: los símbolos de la fuente, la luna, los violines, el toque del ángelus... El vocabulario selecto, el adjetivo *divino*, reiterado una y otra vez, el llamar a la mujer *figulina* y *tanagra*. Ya antes me referí a la típica versificación heterosilábica, en la que cabe precisar el empleo del alejandrino con un comportamiento de los hemistiquios a la manera de libros juanramonianos como *La soledad sonora*.

La segunda parte del libro entra más en la línea parnasiana: esmero formal, verso de perfecto escandido, objetividad descriptiva, como vieja herencia del positivismo filosófico. Hay sonetos de escenas campestres y fuertemente sensuales, con recuerdo de Salvador Rueda:

Pasan lentos los carros coronados de hojas.
Hay un aliento cálido, divino, embriagador,
y un gesto de lujuria tiembla en las hojas rojas,
delirantes de besos, de deseo y de amor.

Hay estampas de tablado y de calle madrileña, o coplas no lejos de un Pedro de Répide. Pero, sobre todo, hay en esa parte del libro un «Canto de Guerra» escrito con voluntaria fidelidad a la «Marcha triunfal» rubeniana:

Lleno está el camino
de rudos guerreros,
bajo el sol latino
fulgen los aceros.
¡Y al vibrar los sones
de roncos timbales,
en los corazones
hay gritos triunfales!

Llegan de una tierra
lejana, remota,
que encendió la guerra,
¡y en sus ojos brota
al pisar el suelo
natal, una llama
que al llegar al cielo
sus oros derrama!...

.....
.....

¡Hay gloria en la ruda nobleza
de vuestros blasones,
y sangre en la férrea realeza
de vuestros leones!...

Coincidencias con Gerardo Diego

Tres años después de *Las fuentes amargas,* Morenas de Tejada publica *La cumbre azul.*

No puede asegurarse, pero la expresión «la cumbre azul» empleada por Morenas de Tejada ya en poemas anteriores, quizá le nació al socaire de sus lecturas de los maestros del modernismo. Descontado el *azul* rubeniano, en «Salmo pluvial», de Leopoldo Lugones, pudo encontrar «el cerro azul». Sin embargo, como título del

segundo libro, procede de un verso perteneciente a un poema del libro anterior:

hacia la cumbre azul del ideal

y, una vez conocido, podríamos suponer que los nuevos poemas se orientan de suerte más idealista o abstracta. La verdad es que, de forma general, esto no es así, y los temas realistas abundan más, en relación con los imaginativos o entresoñados. Biográficamente, me parece que este libro debió de ser escrito en uno de los períodos en que la enfermedad del poeta lo recluyó en su casa de Burgo de Osma: la Huerta de Santillán, de donde el paisaje posee una presencia más inmediata:

Hacia la cumbre azul, serenamente.
Buen peregrino de bordón y lira,
mientras la vida gira
vertiginosamente.

Esa cumbre azul puede muy bien no ser simbólica, como era en el libro anterior, sino corresponder a las montañas sorianas que también, en el libro *Soria*, de Gerardo Diego, fueron, años más tarde, calificadas de *azul de azules*. Gerardo estuvo en Soria, como catedrático de aquel Instituto, entre 1920 y 1923, esto es: a partir de tres años de la publicación del libro de Morenas. Tuvieron amigos comunes. Un dato: ambos dedican poema a Mariano Granados, escritor soriano que, en 1923, fundó el periódico «La Cotorra».

La amistad de Gerardo Diego con Gonzalo Morenas no fue sólo de lector, sino que se relacionaron con motivo de la estancia en España de Vicente Huidobro. En 1921, Morenas era Secretario del Ateneo de Madrid y se ocupaba de los actos culturales. El 6 de diciembre de aquel año, Gerardo que, por su amistad con Granados y por su estancia en Soria, tendría ya, seguramente, noticia del poeta de Burgo de Osma, se dirige a él por pri-

BIBLIOTECA Granada

mera vez —según se deduce de la despedida de la carta— en un escrito que lleva el membrete de la Cátedra de Lengua y Literatura del Instituto soriano:

> «*Sr. D. Gonzalo Morenas de Tejada / Muy Sr. mío: me escribió Ciria diciéndome que quedaba libre la fecha del lunes 19 (por la tarde) para que ocupe la tribuna del Ateneo el poeta chileno Vicente Huidobro. Me apresuré a comunicárselo, y acabo de recibir carta suya desde París anunciándome su conformidad y rogándome que le reserven la fecha definitivamente. Por eso me apresuro a comunicárselo a Ud., como 1.er Secretario de la Mesa. Espero que no habrá inconveniente. Pero si lo hubiera, yo le ruego encarecidamente tenga la bondad de avisarme cuanto antes, pues Huidobro me anuncia que saldrá para Madrid en fecha próxima. / En el caso de que no hubiera ninguna dificultad, ¿sería demasiado abuso rogarle que Ud. o cualquiera en nombre de la Sección me lo notificara asimismo cuanto antes? / Le ruego me perdone tanta molestia, pues, por no ser yo el protagonista, sino un buen amigo, quisiera quedar bien con él / Aprovecho la ocasión para ofrecerme como compañero, amigo y servidor q.e.s.m. // Gerardo Diego. // S. c. Canalejas, 74.*»

Morenas de Tejada era un intelectual interesado por todos los fenómenos de la cultura. El creacionismo de Huidobro, en 1921, no le cogería de sorpresa, si tenemos en cuenta que ya en 1909, con sólo diecinueve años, había publicado un artículo en torno al futurismo de Marinetti. Repasa algunas ideas del italiano y reconoce que, en principio, pueden resultar atractivas, aunque acaba rechazándolas porque, según él, ni la mujer ni la tradición pueden ser despreciadas. Incluso estaría dispuesto a aceptar un cuasi-futurismo —viene a decir— que armonice lo tradicional con ideas nuevas, como la exaltación de la velocidad. Así pues, aunque al tanto de las corrien-

tes renovadoras, prefiere mantener su creación poética dentro de la estética rubeniana. Por eso resulta interesante comprobar cómo abre la puerta del Ateneo a Huidobro. Con todo, y aunque Morenas no era ya el jovencísimo poeta de *Las fuentes amargas*, no podría entenderse de pleno, en lo estético, con Gerardo Diego. Porque Gerardo tampoco era ya el de *Iniciales*, ni el de libros como *El romancero de la novia* o los *Nocturnos de Chopin* (todos, de 1918). Era el de *Imagen*, aunque también el que preparaba los versos de *Soria*. Pero ambos van a colaborar para que el padre del creacionismo dicte sus teorías a la juventud poética española. Algunos autores han escrito que Huidobro no tuvo a Ciria por uno de sus seguidores, y que la preparación de la conferencia del chileno en el Ateneo se dio a ruegos de Gerardo y no como idea de Ciria. Por esta carta que acabo de reproducir, se demuestra que, idea primigenia o no, lo cierto es que Ciria intervino con eficacia y estuvo al cuidado para encontrar fecha propicia, y alertó a Gerardo, realizador de la gestión directa con Morenas de Tejada. De la favorable aceptación de éste da fe el propio acto.

Abundando en las oportunidades que debieron de acercar a estos dos poetas, no es insignificante el hecho de que Gerardo publicó una de sus primeras colaboraciones en la Revista «Grecia» en 1919. Un año antes, publicó Morenas de Tejada, en el número 3.

No son los únicos motivos por los que se puede asociar a Gerardo Diego este poeta de Burgo de Osma. Ya hemos visto la coincidencia en la *visión azul* de las cumbres sorianas. También podríamos señalar coincidencias de títulos, como el de «Rosa mística», para sendos poemas: uno en *La cumbre azul* (1917), otro en *Imagen* (1921). En *Versos humanos* (escrito entre 1918 y 1924), aparece en la página 36 de la primera edición el famoso soneto «Al ciprés de Silos», en tanto que Morenas de Tejada incluye en su segundo libro (1917) «Los cipreses». Este poema, un año antes, se había publicado en «La Esfera». En los dos encontramos ideas comunes:

a) La esperanza:
En Morenas: «*Faro... / luz que a la nave ha de guiar*».
En Gerardo: «*Saeta de esperanza*».

b) La triple adjetivación para el árbol:
En Morenas: «*Sereno, triste, fuerte*».
En Gerardo: «*Señero, dulce, firme*».
(Obsérvese la curiosidad de que en ambos versos, el primero y el tercero de los abjetivos empiezan con *s* y *f*, en tanto que los segundos son metagógicos).

c) La asunción de la luz:
En Morenas: «*deshecho en gotas de luz*».
En Gerardo: «*vuelto en cristales*».

d) La soledad:
En Morenas: «*nacido en soledad*».
En Gerardo: «*mástil de soledad*».

e) La aspiración mística:
En Morenas: (Echando mano de un verso de Espronceda):
«*roja emanación / del árbol de corazón*», es la savia del ciprés.
En Gerardo: «*qué ansiedades sentí de diluirme*».

Pero, aunque estos ejercicios de poesía comparada son apasionantes y, por supuesto, darían mucho más de sí, debemos ahora abandonarlos para referirnos, siquiera sea brevemente, al conjunto del libro *La cumbre azul.*

La cumbre azul

Es un libro más seguro, más *hecho* que el primero. Se revelan en él mayores lecturas y conocimientos. Encontramos alusiones a los mitos clásicos, al mundo heleno, a numerosos autores y hechos históricos. Todo ello

da pie para que el poema se convierta a veces en un pequeño cuadro. No falta, entre la temática peculiar de la época —concretamente, muy rubeniana—, lo carnavalesco, tratado en general (y, volviendo un poco a lo antes dicho, cabe recordar que Gerardo lo trató, refiriéndolo precisamente a Soria y sus fiestas).

Parece ser —y lo deducimos de un comentario periodístico de «El Heraldo de Madrid» publicado aquel año 1917— que Ramón Pérez de Ayala prometió al poeta un prólogo para *La cumbre azul*, cuyo manuscrito conocía. Ignoro por qué no cumplió su promesa, porque lo cierto es que varios poemas, dedicados además a Pérez de Ayala, no dejan de presentar algunas semejanzas con la poesía de éste. «El peregrino de la tierra», «El peregrino del mar», son títulos en esa línea, en la que se encuentran matices intelectualistas y una incorporación de acontecereres inmediatos, como puede ser la guerra en pleno desarrollo por entonces. En una invocación al año 1917, dice:

Tu sino acabe con la guerra,
con esta odiosa lucha acabe,
que como el agua pura lave
la sangre que hay sobre la tierra.

Con este poema se corresponde otro que el poeta dejó inédito: «La paloma de la paz», más flojo y quizá por eso desechado. Adopta tono didáctico, y pide:

haz un nido en cada escuela
y que comprenda el maestro
y el niño tus pintas negras.

Termina inclinándose hacia la regeneración:

y que tu espíritu santo
redima a la España nuestra.

Porque, a esta altura de su obra, el modernismo de Morenas de Tejada, orientado por lo general a la vertiente

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

estética del movimiento, busca en alguna medida la vertiente social que tampoco faltó en la escuela, mezclándose, como es sabido, con las inquietudes noventayochistas. A ese impulso surge el tema de Castilla:

Padre Sol... ¡Oh divino tesoro!,
padre Sol, ¡germinal maravilla!
Eres la única moneda de oro
¡que hay en Castilla!

y surgen los elogios a don Miguel de Unamuno:

¿Don Miguel de Unamuno...? Sí. Enorme
maestro, poeta, filósofo... sabio...
Visión. Entendimiento poliforme,
cuchilla sutil en el labio...

Sin olvidar los paseos meditativos por las viejas ciudades, representadas aquí por Burgo de Osma:

¡Oh ciudad episcopal,
con tus hidalgas casonas
y tus porches centenarios,
tu gótica catedral,
donde dueñas quintañonas
van dejando entre rosarios,
junto a los confesonarios,
algún pecado venial...!

Porque no en balde estamos en los años en que don Antonio Machado escribe sus mejores, descriptivos y graves poemas de *Campos de Castilla,* de cuyo influjo no pudo sustraerse Morenas de Tejada. El mayor ejemplo está —creo yo— en un extenso poema titulado «Rimas del otoño místico», dedicado a la catedral del Burgo. Toda la descripción, todas las alusiones y, lo que es más importante, todo el *clima* del poema son machadianos. Es un poema delicioso y sumamente representativo de una época:

La Catedral, por Andrés Palacios

He salido en la vieja ciudad episcopal
a dar mi deseado paseo matinal.

Es una de estas claras y fragantes mañanas
en que sienten rubores las niñas provincianas,
y un suave cosquilleo hace temblar su piel,
tan fresca y perfumada como un rojo clavel.
Juega el viento en los labios como un beso sutil.
Vuelan los mirlos nuevos en torno al campanil
más alto y ceniciento de esta torre románica
que luce el rudo encanto de su forja titánica
sobre la masa gris de este hermoso poblado
que da la sensación de estar adormilado.
Paso ahora sobre un huerto de almendros y perales;
sobre él vuelan, solemnes, dos águilas caudales,
y se abaten las hojas de un inmenso nogal
sobre el yermo que en Junio era un áureo trigal.
... ...
... ...

Don Felipe me cuenta de la tela en secreto
mientras miro a una triste Virgen del Tintoretto.
Después, con emoción, me dirijo a un retablo
de Juni. Representa la derrota del Diablo.
Luego nos detenemos ante una Encarnación,
obra del sevillano, del divino Rincón...

Sus cuadros don Felipe no los encuentra buenos
porque acusa en las Vírgenes las curvas de los senos.

Nace un suave clamor en la trompetería
del coro. Es que Gounod canta el «Ave María».
Entonces yo me callo, y muy solemnemente
miro al coro y doblego sobre el pecho la frente.
Don Felipe Escudero con fervor se arrodilla;
está hundida la frente en la mano amarilla,
y parece tan alto tan delgado y tan seco,
como aquel monje pálido pintado por el Greco...
... ...
... ...

Ya estamos en la plaza, y por la carretera
dejamos como un rastro de inciensos y de cera.
Bajo el cielo divino corre el aire sutil...
Los mirlos nuevos vuelan en torno al campanil,
y mientras Don Felipe se acerca a su portal
y abre la puerta, el ama, humilde y servicial
que le toma el bastón y el sombrero de «teja»,
yo doy una limosna a una arrugada vieja
que es como el raro símbolo que vi en un aguafuerte
en el que a Doña Vida vencía Doña Muerte.
Ya se alejó la anciana; yo todavía siento
el temblar de su huesa crujir como un sarmiento,
cuando hasta mí se viene mi amigo con presteza
y a almorzar me convida con suma gentileza,
diciendo: «Comeremos debajo del parral,
contemplando las flores de mi huerto otoñal,
¡porque sé que usted tiene también su chifladura
para todas las cosas de la floricultura!...»

Merece la pena detenerse un minuto en estos fragmentos. Como en el mejor Machado realista, el cuadro de Morenas de Tejada cumple con los más característicos aspectos. Empezando por la *mis-en-scène:* paseo por la vieja ciudad y coloquio con un habitante sabio y compenetrado con su *alma.* En este caso, un canónigo de la catedral. Elementos arquitectónicos (campanil, torre...) y referencia al esfuerzo humano («la forja titánica»). La presencia alada decorando el paisaje: la ternura de los mirlos y la grandiosidad casi totémica de las águilas. Algunos rasgos de poesía geórgica: árboles frutales, campos de trigo, flores en el huerto... Gusto por la pintura, con la cita expresa de El Greco. Inclinación a la sensibilidad modernista, como asociar la fragante mañana con la lozanía candorosa de las muchachas lugareñas, o el erotismo venial de las formas femeninas en las imágenes, así como la figura valleinclanesca de la mendiga, para recoger también —¡cómo no!— la escatología a lo Valdés Leal: esa Doña Muerte venciendo a Doña Vida. El poema pertenece

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

al libro de 1917. Machado venía publicando poemas de este tipo desde 1909, en «La Lectura»; alguno, en «Tierra soriana», periódico del que era director José María Palacio.

Pero hay otro visible contacto que tampoco desmiente la época. Se trata del poeta mexicano Amado Nervo, residente por entonces en España, y supongo que lectura muy frecuente del autor de *La cumbre azul.* Las afinidades eran dobles: por una parte, el gusto modernista; por otra parte, la afición a los conocimientos teosóficos. Hay un poema de Morenas de Tejada, titulado «Solitariamente», en el que se lee:

Lejos del ruido mundano
del orgullo terrenal,
con el Kempis en la mano
llena de temblor mortal...

Fuera de la vanagloria,
feliz y meditabundo
y perdida la memoria
de lo que fue en ese mundo...

Difícil será que no acuda a la memoria del lector el poema XXI del libro *Místicas,* de Amado Nervo: «A Kempis»:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste.
... ...
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra.

La sensibilidad modernista, en lo que tiene de movimiento renovador de la espiritualidad, muestra entre los poetas inclinación hacia el ascetismo de Tomás de Kempis, cuyo libro tradujo el P. Juan Eusebio Nieremberg. Recordemos al primer Juan Ramón y su poema «El Kempis y Francina».

La teosofía de Morenas de Tejada se estimuló, sin duda, con los libros y con la amistad de Mario Roso de Luna, al que dedicó un artículo muy elogioso en su colaboración de la revista «Grecia», número 3, Sevilla, 15 de noviembre de 1918. Poco antes, Roso de Luna había escrito a su vez, sobre Morenas, con el título de «Un poeta teósofo». Para Roso, esta poesía de *La cumbre azul* tiene algo de sublimación budista, y sus alusiones a la amada, no son a una amada carnal, sino a la simbolización de un ser que nos enamora sin haberlo visto nunca. Me parece una interpretación exagerada. En todo caso, puede que Morenas se debatiese entre esa idealización, más o menos sentida, y la dariana musa de carne y hueso, más o menos literaria. Ahora bien, la trascendencia y un sentido de renovación y de inmortalidad, sí aparecen en algunos poemas como «El peregrino de la tierra»:

... no creáis en la muerte
como el fin miserable de la materia inerte
... ...
no hay principio ni fin, todo es lo mismo:
el placer y el dolor, la cumbre y el abismo
... ...
Correr del agua clara del claro manantial,
vida pura y serena, vida casi inmortal.

Renovación y compromiso

Dentro del amplio panorama modernista que presenta la obra de Morenas de Tejada, donde tampoco se omiten referencias al Quijote o al Greco, me parece advertir un germen de renovación que acaso malograra la muerte. Morenas quizá hubiera seguido los pasos de don Antonio Machado, olvidándose un poco de Rubén, si la vida le hubiera dejado tiempo. En un poema escrito en serventesios alejandrinos, titulado «Canto a la renovación

de la raza», se vislumbra el intento de romper con ataduras del pasado. Quiere el poeta abandonar lo que

... inútilmente llora
para que lo pasado no tenga acabamiento.

Y tiene que tener acabamiento y dar con una «renovación cerebral», esto es: nuevas ideas y nuevo espíritu. El cuerpo estático de España tiene que ser, según el deseo del poeta, como Lázaro, y echar a andar. La Patria debe ser una epifanía. Por eso rechaza el canto de viejas y ya inoperantes glorias:

No hablemos ni del Cid ni del Gran Capitán
ni cantemos las glorias que nos legó Colón.

Es, en cierto modo, una nueva forma de la «Doble llave al sepulcro del Cid», del regeneracionismo de Joaquín Costa, expuesto quince años antes, en los Juegos Florales de Salamanca. Pero el recuerdo más próximo está en Antonio Machado:

Los toros, la política, la juerga, la navaja...
son naves que debemos hundirlas en el mar.

Es la época en que Morenas de Tejada, alentado por un sentimiento noble de justicia social y de progreso, se unió al socialismo.

No me consta la fecha de su inscripción como militante, pero sí he podido documentar con una carta su participación en el congreso escisionista de 1921. En ese congreso, se discutieron las tesis de los partidarios de la Tercera Internacional, originándose una ruptura. Morenas de Tejada votó por los «terceristas» (así lo manifiesta en su carta y así lo recoge también Tuñón de Lara, en su libro *El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid, 1972, página 709), y como de esa pugna salió la creación de un grupo comunista, el poeta figuró

algún tiempo en sus filas, hasta que en 1926 (fecha aproximada, porque la carta no la lleva) decidió solicitar el reingreso en el socialismo. Se valió para ello de la amistad de Fernando de los Ríos, que fue quien tramitó la carta de rectificación, hecha pública en «El Socialista» (número 5.330, año XLI).

No se había limitado Morenas de Tejada, en 1921, a votar y a pasar con los grupos comunistas hasta su rectificación cinco años después, sino que en septiembre de aquel año del congreso secesionista, publicó un artículo muy duro contra los llamados «socialistas reconstructores», tachándolos de malos marxistas y acusándolos de «abusar del sueño y el cansancio de un anciano venerable». Esta alusión a Pablo Iglesias vuelve a hacerla en el escrito de rectificación, elogiando a «el abuelo» que había muerto el año antes.

Comprobamos con esto que Morenas de Tejada fue un hombre políticamente comprometido, si bien no cabe considerarlo como un escritor comprometido, aunque no falten algunas muestras de sus preocupaciones sociales. Tal vez ése hubiera sido el camino para salir del cerco estéticomodernista que le aprisionaba. Como antes dije, la vida no le permitió, cortándole el tiempo, evolución ninguna, en lo literario, aunque sí lo encontró para evolucionar ideológicamente. Por otra parte, su seducción por el marxismo es, sin duda, posterior a sus libros. Fuera de ellos, aparece algún poema, como el dedicado al Primero de Mayo, de 1920.

La fecha del Primero de Mayo, aún no como fiesta del trabajo, sino como jornada de lucha, fue adoptada en España el mismo año en que nació el poeta: 1890. Morenas lo canta con una tesitura muy de su tiempo: una suerte de cristianismo marxista o, si se prefiere, de marxismo cristiano, hasta donde esta conjunción es posible y con permiso de los ortodoxos de ambas creencias. Él parece que intenta conciliar esta actitud con su militancia.

¡Salud a la gran familia obrera:
salud por sana, por fuerte y por sincera,
por el gesto viril con que camina,
por su horizonte de fraternidad,
por su huella divina
en los senderos de la Humanidad...!
... ...
¡Trabajad, trabajad! ¡Todos al tajo!
Puros por el amor, por el trabajo,
y que Jesús, en traza de Paloma
vuelva para decir: ¡Oh tierra dura,
que hagan en ti los hombres sembradura
y que el que no trabaje, que no coma!

El tema del hijo

Una concomitancia más que no me resisto a comentar en este repaso a la olvidada obra de Morenas Tejada, la emparenta con Díez-Canedo y con Enrique de Mesa. Se trata del tema del hijo. Es muy sabida la presencia de ese tema en una conocidísima composición de Enrique de Mesa. Pero hay más: la aparición del sub-tema de los dientes del niño, contemplados hacia el futuro y como arma defensiva, ofensiva, incluso si es menester, para la lucha que le espera en la vida. Este sub-tema lo vemos en el poema «Los dientes», de Enrique Díez-Canedo, dentro de su libro *Algunos versos*, de 1924:

Pero ya tus encías
rompen los blancos dientes
menudos, afilados,
amenazantes, firmes.
Ya eres hombre.
Ya no eres todo débil.
Sólo llorar y sonreír sabías
y ya sabes morder.

Pues, hijo, vive.
Rompa tu voluntad la blanda pulpa
que la cubre. No llores.
Olvídate del llanto.
Guarda —si sabes— tu sonrisa
y muerde.

El mismo motivo aparece en un poema de Morenas de Tejada, titulado «Consejos a mi hija»:

Tienes ocho años y empiezas a cantar
delicioso heraldillo de mujer
al mismo tiempo debes empezar
a saber morder.
La vida es así, la canción y el mordisco,
el placer y el dolor, alma y neurona.
Viva en ti la ovejilla del aprisco
con la joven leona.

Es difícil señalar con exactitud la fecha de este poema —no incluido en los libros de Morenas— y, por ende, saber cuál se escribió primero. Me inclino a pensar que el de Díez-Canedo es algo anterior, aunque muy poco. Así lo cree también el profesor José M.ª Fernández, autor del libro *Enrique Díez-Canedo: su tiempo y su obra* (Diputación de Badajoz, 1984), a quien he consultado la cronología.

Pero el tema no se agota aquí porque, tres lustros después (exactamente en 1939), reflorece en otro poeta: Miguel Hernández lo lleva a sus famosísimas «Nanas de la cebolla»:

Al octavo mes ríes
con cinco azares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana
cuando en la dentadura
sientas un arma,
sientas un fuego
correr dientes abajo
hincando el centro.

He aquí un motivo, entre tierno y amargo, entre delicado y grave, en tres poetas distintos.

Final

Los libros de Morenas de Tejada fueron acogidos por la crítica periodística no digamos que con entusiasmo, pero sí con estimable atención. En 1914 escribió sobre él el poeta Manuel Hilario Ayuso, el autor del libro *Helénicas*, publicado en el mismo año que el primero de Morenas, con prólogo de Antonio Machado. Y uno de los mejores artículos, aparecido en «El Heraldo», lo firmó otro amigo de Machado, aquel al que pidió que subiera a «El Espino»: José M.ª Palacio. «El Liberal», «La Correspondencia», «ABC», «La Ilustración Española e Hispanoamericana», «Alrededor del mundo», «Nuevo Mundo», «La Nación», «La Época», «El Imparcial» y periódicos locales de Soria, así como algunas revistas argentinas, publicaron en 1914 y en 1917 comentarios, más o menos extensos, de *Las fuentes amargas* y de *La cumbre azul*, así como algunas reseñas de conferencias y lecturas del poeta. A las firmas de Ayuso y de Palacio, hay que añadir (a más de otras poco conocidas) las de Juan González Olmedilla, Bernardo G. de Cándamo, González Blanco, Linares Becerra y el citado Roso de Luna.

Poco o nada se ha escrito después, salvo la mera cita de su nombre hecha por Guillermo de Torre en su *Historia de las Literaturas de vanguardia* (1965), al definir

un grupo de modernistas rezagados o —por usar sus palabras— la «promoción poética de 1914», y que va de Carrère a Miguel de Castro, reuniendo —según esa lista de Torre— a los que hemos visto en este estudio cercanos en amistad de Morenas de Tejada. Guillermo de Torre recoge, más o menos, la nómina que ya había dado Cansinos Assens en su libro de 1917 *(La nueva Literatura II. Las escuelas literarias, 1898-1916).*

La muerte prematura de Morenas de Tejada lleva consigo prácticamente la desaparición de su nombre en el ámbito de la poesía. Con alguna pequeña excepción, ninguna antología presenta poemas suyos; ninguna historia de la Literatura se detiene en su obra. En 1978, María Ángeles Morenas de Tejada, hija del poeta, editó un volumen que puede considerarse completo. Glosándolo, Juan Manuel Zapatero y Manuel de Velamazán publicaron sendos artículos en el periódico «Campo Soriano» (número del 18 de agosto de 1979). José Antonio Pérez-Rioja escribió otro comentario en la revista «Celtiberia» (número 58, año 1979). A mi vez, publiqué un artículo en el suplemento literario de «Pueblo» (Madrid, 19-1-80). También tengo noticia de un próximo artículo del profesor Fernández Gutiérrez, de la Universidad de Tarragona.

Dije al principio de estas páginas que redactarlas ha sido una lección de humildad. Y lo repito, porque emociona y apena ver cómo el entusiasmo del poeta, su desazón, su apasionado desvivirse, caen tan pronto en el hueco injusto del olvido. Todos somos sombra perdida en la memoria. Todos nos convertimos en la carne de cañón del tiempo. Vamos fusilados por el silencio y por la indiferencia. Comprobarlo y aplicárselo, ¿no supone una lección de humildad?

ASOCIACION DE ESCRITORES
Y ARTISTAS ESPAÑOLES

COLECCION EUGENIO D'ORS
DE ENSAYO

Volúmenes publicados:

1. *Homenaje a Guillermo Díaz-Plaja,* varios autores.
2. *Homenaje a Enrique Tierno Galván,* varios autores.
3. *Gonzalo Morenas de Tejada, un modernista olvidado* (1890-1928), por Leopoldo de Luis.

Se terminó de imprimir el día 22 de julio de 1986, festividad de Santa María Magdalena, en los talleres de Tordesillas, Organización Gráfica, Sierra de Monchique, 25, Madrid-18, bajo el cuidado del Maestro Impresor don Antonio Manrique.

LAUS DEO

3

COLECCION
EUGENIO D'ORS